

LA HIJA CONSTRUIDA

Un recuerdo sin rostro



LA HIJA CONSTRUIDA

LA HIJA CONSTRUIDA

Un recuerdo sin rostro

Marcos Altable Pérez

Derechos de autor

© 2025 Marcos Altable Pérez

LA HIJA CONSTRUIDA.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro—sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en los casos de cita breve para fines críticos o académicos conforme a la ley.

Esta obra es una creación original de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos, es puramente coincidente y producto de la imaginación del autor.

El autor declara ser el único titular de los derechos patrimoniales y morales sobre esta obra, la cual se encuentra protegida conforme a la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

Índice

<i>Prólogo</i>	5
<i>La llegada</i>	9
<i>La casa sin reflejos</i>	21
<i>El sueño del otro cuerpo</i>	33
<i>El cuarto que no había sido construido</i>	45
<i>Voces entre los huesos</i>	55
<i>Ella habla cuando no hay nadie</i>	65
<i>El umbral invertido</i>	77
<i>La habitación que solo existía por las noches</i>	95
<i>Epílogo</i>	115

Prólogo

Los dolores no desaparecen: se transforman. A veces se convierten en síntomas, otras en recuerdos, y las más persistentes, en formas.

Una madre que ha perdido a su hija no solo pierde un cuerpo amado: pierde una dirección del lenguaje, una parte de sí que ya no puede ser dicha. El amor que no encuentra dónde posarse no se desvanece: busca, imagina, reconstruye. Y si no tiene un cuerpo donde habitar, inventa uno.

Este libro es la historia de ese invento.

No es un relato de ciencia-ficción, aunque haya una nave. No es una historia de fantasmas, aunque haya presencias que no deberían estar. No es una novela psicológica, aunque la mente se vuelva frontera. Es todo

eso y algo más: una anatomía del recuerdo cuando se niega a morir.

Aquí, la casa no está embrujada: está habitada por lo que el lenguaje no pudo expulsar. Aquí, la hija perdida no regresa: se instala en los espacios vacíos de la memoria, espera, y aprende a hablar desde allí.

Y la madre... no enloquece, no se redime, no despierta. Solo ama. Ama más allá de lo tolerable. Ama hasta el punto en que su amor engendra realidad.

¿Puede una madre crear un cuerpo con el solo poder de su duelo?

No hay respuesta clara. Solo señales: monitores que captan voces que nadie emitió, espejos que devuelven gestos que ya no pertenecen al rostro, habitaciones que aparecen cuando cae la noche.

Aquí la memoria es el único órgano que puede mentir sin enfermarse. Se adapta, se retuerce, se reinventa para proteger al cuerpo que la hospeda. A veces construye verdades tan sólidas que ni siquiera la realidad puede derribarlas.

El amor maternal, una vez despertado, no entiende de ontología.

Solo sabe existir.

Este libro no busca explicaciones. Solo da testimonio.

De lo que ocurre cuando el amor no tiene donde ir y decide quedarse.

La llegada

La nave no aterrizó: se detuvo. Clara sintió el momento exacto en que las leyes físicas cedieron a algo más orgánico, como si el planeta la hubiera absorbido con un suspiro sin garganta. No hubo sacudida ni descenso reconocible. Solo el silencio, un silencio que no esperaba terminar jamás.

Mantuvo los ojos cerrados unos segundos más, como si al abrirlos tuviera que nacer otra vez, pero sin garantía de cuerpo. Abrirlos significaba aceptar que habían llegado. Aceptar que había traído a su hija a este lugar de cuarentena donde, según los informes, nada vivía pero todo recordaba.

El panel parpadeaba en azul pálido, registrando su pulso lento: signos vitales estables, una sola señal. Su hija dormía en la cápsula inferior con la frente pegada al cristal

y los labios entreabiertos, como si murmurara algo que la nave no estaba autorizada a traducir.

Habían llegado.

Vesta-14, designado por la estación central como planeta oficialmente habitable, pero inestable. Pero los informes mencionaban "irregularidades": campos magnéticos variables, leves anomalías temporales, ciertas irregularidades en las emisiones infrarrojas sin fuente identificable. Nada alarmante según los datos. Nada concluyente. Nada vivo.

Clara nunca se lo creyó. Nunca lo creyó realmente. No había un lugar en todo el universo que no recordara algo. La materia, aunque muda, arrastra su memoria como un dolor. Y Vesta-14, al fondo de sus informes técnicos, parecía demasiado callado.

Salió al exterior tras la despresurización. Lo primero que notó fue la ausencia de viento—no calma: ausencia. El aire estaba detenido, como si no tuviera nada que empujar. La luz era difusa, blanca, sin sol visible. Las sombras no

eran del todo fieles: se retrasaban un segundo, como si esperaran confirmación para copiar el gesto.

A lo lejos, la estructura que llamaban "refugio base" emergía de la roca como una caja torácica artificial: módulos de polímero y acero conectados por nervios lumínicos y sensores de contacto. Había sido construido meses antes por robots autónomos. Clara caminó hacia él con su hija aún dormida entre los brazos, ligera como si el duelo la hubiera vaciado.

El refugio reconoció su presencia y abrió la compuerta sin sonido. Dentro: temperatura estable, oxígeno limpio, paredes blanquísimas. Pero había algo... desajustado. Las cámaras seguían su movimiento con más lentitud de la necesaria. La luz artificial no parpadeaba, pero parecía hacerlo cuando no mirabas. Y el aire... olía a recién cerrado. Como si alguien hubiera salido hace un instante.

Instaló a la niña en la habitación principal. La observó dormir largo rato, mientras el monitor cerebral dibujaba sus sueños en curvas suaves. Clara pensó en la otra—la que

no pudo salvar, la que no estaba allí, la que no tendría nunca este planeta ni este silencio.

Abrió su bitácora personal y escribió solo una línea:

"He llegado. Y ya está aquí lo que no esperaba traer."

Al cerrar el archivo, notó algo en el cristal de la puerta. No un reflejo—una forma. Breve. Mal ubicada.

Giró la cabeza. Nada.

Pero el monitor de su hija, en ese instante, vibró con una señal inusual. No un pico eléctrico ni un espasmo onírico. Una palabra, aparecida en la línea de datos como si se hubiera escrito sola desde dentro del sueño:

"Hermana."

Clara retrocedió un paso. El sistema no tenía acceso a vocabulario infantil. Los monitores médicos no interpretaban contenido semántico. Era imposible que...

Revisó los ajustes de la consola. Todo funcionaba normalmente. Los parámetros estaban dentro del rango. Pero cuando volvió a mirar la pantalla, la palabra había desaparecido. En su lugar, ondas regulares de sueño profundo.

Se acercó a su hija. Respiraba con normalidad, el rostro relajado en la paz del descanso profundo. Pero cuando Clara extendió la mano para acariciarle el cabello, algo la detuvo. Una sensación que no supo clasificar: como si tocarla fuera a despertar no solo a la niña, sino a algo más.

Algo que había estado esperando en las sombras de su propia mente.

Salió de la habitación con cuidado de no hacer ruido. En el pasillo, las luces automáticas se encendían con su movimiento, pero había un retraso extraño. Como si el edificio necesitara un momento extra para decidir si reconocerla, si aceptarla como habitante legítimo de este espacio.

En el módulo central, activó el sistema de análisis ambiental. Todos los parámetros mostraban normalidad: presión atmosférica estable, ausencia de toxinas, niveles electromagnéticos dentro del rango establecido. Pero había algo en los datos que no cuadraba, una oscilación sutil en los sensores de proximidad, como si registraran presencia en espacios que ella sabía que estaban vacíos.

Clara se dirigió al módulo de comunicaciones. Tenía que reportar su llegada a la estación orbital, confirmar que el aterrizaje había sido exitoso y que iniciaría los protocolos de asentamiento. Pero al activar la consola, encontró algo que la desconcertó: un mensaje de audio archivado, fechado tres horas atrás.

Imposible. Ella acababa de llegar. El reloj del sistema confirmaba que habían aterrizado hacía menos de una hora.

Reprodujo el archivo con manos temblorosas.

Su propia voz emergió de los altavoces, clara e inconfundible:

"Control orbital, aquí Clara Hernández. Hemos llegado sanos y salvos. Las niñas están bien. Ambas duermen después del viaje. Iniciaremos los protocolos de asentamiento mañana por la mañana."

Clara detuvo la reproducción abruptamente.

Las niñas.

Ambas.

Había dicho "ambas".

Pero solo había traído una hija.

Reprodujo el mensaje otra vez, escuchando cada palabra con atención obsesiva. Su voz sonaba natural, sin estrés ni confusión. Sin la menor hesitación. Como si fuera completamente normal, evidente, referirse a dos niñas cuando solo había una.

Corrió de vuelta a la habitación infantil, el corazón latiéndole con violencia. Su hija seguía durmiendo, sola en la cama individual. Clara contó mentalmente: una cama, una manta, un monitor, una niña.

Una.

Solo una.

Pero al revisar el inventario del refugio en la consola central, encontró algo que la paralizó: el sistema había sido configurado para albergar a tres personas. Un adulto y dos menores.

Dos menores.

Regresó al almacén y realizó una inspección más meticulosa. Había provisiones para cuatro personas, suficiente comida, agua purificada, medicamentos básicos.

Pero lo que la perturbó más profundamente fue encontrar ropa en dos tallas infantiles diferentes, dos juegos de utensilios pequeños, dos peluches idénticos guardados en compartimentos separados.

Y en una de las maletas de equipaje, una que no recordaba haber empacado, había fotografías: ella misma sonriendo junto a dos niñas idénticas. Gemelas. Ambas con la misma sonrisa, el mismo cabello, los mismos ojos brillantes.

Una de ellas era claramente su hija, la que dormía en la habitación contigua.

La otra... la otra tenía el mismo rostro, pero Clara no lograba recordar su nombre.

Se sentó pesadamente en el suelo del módulo central, sujetándose la cabeza entre las manos. El cansancio del viaje, la tensión del nuevo entorno, el estrés de criar sola a una niña tras perder... ¿qué había perdido exactamente? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Había algo que no lograba recordar con claridad. Como si una parte importante de su memoria se hubiera

desconectado durante el viaje, o tal vez antes. No había perdido información, los datos estaban ahí, las fotografías eran reales, pero había perdido acceso emocional a ellos.

El monitor central emitió un sonido suave: nueva actividad en la habitación infantil.

Clara se levantó y regresó apresuradamente. Su hija se había girado en la cama, pero seguía dormida. Sin embargo, el monitor cerebral mostraba una actividad inusual en la zona del lenguaje, patrones complejos como si estuviera manteniendo una conversación elaborada.

Clara se acercó al dispositivo de audio y ajustó el volumen al mínimo. Pudo escuchar un murmullo casi inaudible saliendo de los labios de su hija:

—No llores. Yo estoy aquí. Ella no se acuerda todavía, pero yo sí me acuerdo de todo.

Una pausa que se llenó de algo parecido a la escucha.

—Lo sé. Es confuso. Pero mañana la ayudamos a recordar quién eras.

Clara contuvo la respiración. Su hija nunca había hablado dormida. Jamás. Y esa cadencia, esa forma adulta

de estructurar las frases, la complejidad emocional del contenido... no sonaba para nada infantil.

Se acercó más a la cama. Su hija tenía los ojos cerrados pero movía la cabeza levemente, como si asintiera a alguien situado junto a ella. Como si hubiera otra persona en la habitación participando en la conversación.

—Sí, lo sé. Duele estar dividida así. Pero es mejor que no estar en absoluto.

Clara retrocedió, el corazón latiéndole con una violencia que le dolía en el pecho. ¿Dividida? ¿De qué hablaba una niña de siete años mientras dormía? ¿Qué podía saber sobre división, sobre dolor existencial?

De pronto, sin transición, los ojos de su hija se abrieron. No gradualmente, no con la confusión típica del despertar. Se abrieron de golpe, ya enfocados, ya completamente alerta, como si hubiera estado fingiendo dormir.

—Hola, mamá.

—¿Estás bien, cariño? Te escuché hablar.

—Estoy bien. Pero creo que alguien más está aquí con nosotras en este lugar.

Clara sintió que el aire del refugio se espesaba, como si la atmósfera misma reaccionara a las palabras de la niña.

—¿Alguien más? ¿Quién?

—No puedo verla claramente todavía. Pero hay una voz que me habla en sueños. Dice que era mi hermana antes de que algo pasara.

La palabra "hermana" resonó en el aire como un eco del mensaje que había aparecido en el monitor.

—Cariño, tú no tienes hermana. Somos solo tú y yo.

Su hija la miró con una expresión extraña—no confundida, no asustada, sino compasiva. Como si Clara fuera quien no entendía algo completamente evidente.

—Ya lo sé, mamá. Yo sé que no tengo hermana.

Una pausa que se llenó de significado.

Pero ella no lo sabe.

La casa sin reflejos

Clara despertó antes del amanecer sintiendo que algo había cambiado durante la noche. No en el entorno, los sistemas del refugio funcionaban silenciosamente, la temperatura se mantenía estable, todo parecía normal. El cambio estaba en la calidad del silencio mismo.

Se levantó y recorrió el refugio con una linterna manual, aunque las luces automáticas funcionaban perfectamente. Necesitaba confirmar que el lugar aún obedecía a su voluntad, que seguía siendo ella quien habitaba este espacio.

El primer detalle que la inquietó fue acústico.

Sus pasos no resonaban como deberían. El eco llegaba atrasado, como si el sonido tuviera que negociar su camino a través de un aire más denso. Cuando respiró

profundamente, su exhalación pareció absorberse sin devolver resonancia alguna. El aire estaba limpio pero sin textura, como si nunca hubiera sido usado por un cuerpo real.

En la cocina, los registros mostraban actividad mínima pero reciente. Una fecha destacaba: hace seis días. Imposible. Ninguna nave había llegado en ese lapso, lo había comprobado desde la órbita. Sin embargo, el sistema insistía en que alguien había estado usando los recursos.

Regresó a la sala central y se detuvo frente al espejo empotrado junto a la puerta. El marco metálico mostraba desgaste por oxidación, pero el vidrio estaba impoluto. Se miró durante unos segundos.

Su rostro estaba allí, claro y reconocible.

Su expresión, no.

La imagen la reflejaba perfectamente, pero había un desfase sutil. Como si el espejo necesitara un momento extra para interpretar lo que su cuerpo sentía. Clara frunció el ceño experimentalmente.

En el reflejo, el ceño no se frunció.

Se acercó hasta tocar la superficie. El vidrio estaba más frío que el aire circundante y vibraba imperceptiblemente, como si algo temblara dentro del objeto. Al presionar, una frase cruzó su mente sin aviso:

"No es un espejo. Es una memoria sin cuerpo."

No la había pensado conscientemente. Solo había aparecido, instalada como un murmullo sin origen.

Activó la consola para revisar el estado energético. Los sistemas principales funcionaban normalmente, pero había una oscilación rítmica en el ala sur, una microdescarga intermitente desde el generador auxiliar. Ella no había activado esa sección.

Se dirigió hacia allí con pasos cautelosos. Al pasar por el corredor, sintió una corriente de aire tibia que rozó su nuca. Se giró inmediatamente.

El pasillo estaba vacío. Pero la corriente había venido de dentro del muro, no del sistema de ventilación.

En la puerta del generador encontró un símbolo dibujado con marcador: tres líneas rectas que no formaban ninguna letra conocida. Pasó los dedos sobre el trazo. No

era reciente, pero tampoco antiguo. Como si hubiera sido hecho en un tiempo que no correspondía con ningún momento real.

Al abrir la puerta, lo primero que vio fue su propio reflejo en la consola apagada.

Pero no había ninguna superficie reflectante en la habitación.

El monitor estaba gris, cubierto de polvo. Las paredes eran mate. Sin embargo, su silueta apareció claramente en la pantalla muerta: misma postura, mismo cabello, pero vestía el suéter azul que había dejado en la nave.

Una Clara anterior. Una Clara que pertenecía a un momento que no estaba viviendo.

El reflejo permaneció inmóvil durante tres segundos. Luego parpadeó y desapareció.

Clara corrió de vuelta al módulo principal. Su hija se movía inquieta entre las sábanas, murmurando palabras inconexas. Se sentó junto a ella y le tomó la mano.

—Tranquila, cariño. Estoy aquí.

La niña no abrió los ojos, pero sus labios se movieron con claridad:

—Veo... veo a la que me está soñando.

—¿Qué ves?

—A la que no soy yo, pero se parece tanto que me confundo.

Clara sintió un escalofrío que no venía del frío.

—¿De qué hablas, mi amor?

Pero la niña había vuelto al sueño profundo, respirando con normalidad.

Clara revisó el monitor cerebral. Las ondas eran estables, pero en el historial apareció un archivo nuevo que no había estado allí antes:

Sueño compartido — Sin fuente cerebral definida.

Duración: 00:13:02.

Estado: Persistente.

Asignado a: Habitante no identificado.

Observación: La imagen contenida no posee rostro definido.

Clara abrió el archivo. La grabación mostraba un entorno indeterminado, flotante, donde una figura humana

caminaba sin tocar superficie alguna. Cada paso parecía deformar ligeramente el espacio, como si el acto de avanzar alterara la realidad circundante.

La figura tenía proporciones familiares: su altura, sus hombros, su forma de inclinar la cabeza. Pero donde debería haber un rostro, solo había una superficie inquietantemente lisa, sin facciones.

Cuando la figura se giró hacia la cámara, Clara retrocedió instintivamente. No había boca, pero una voz emergió con perfecta claridad:

—Me diste nombre antes de darme forma. Ahora no puedo ser otra cosa que lo que recordaste incompleto.

Clara cerró el archivo. El corazón le latía tan fuerte que podía sentirlo en las sienes. Intentó racionalizar: errores del sistema, interferencias magnéticas del planeta, efectos secundarios del cansancio acumulado.

Pero cuando se dirigió al baño para lavarse la cara, encontró algo que no pudo racionalizar.

En el cristal empañado de la ducha, alguien había dibujado dos figuras con el dedo. Una alta, ella, y otra

pequeña. La pequeña tenía todos los detalles: ojos, sonrisa, manos extendidas. Pero en el lugar del pecho había una espiral negra perfecta.

Debajo, escrito con letra infantil pero demasiado precisa:

"No soy yo. Pero me parezco tanto que hasta yo me confundo."

Clara limpió el vidrio con la manga, pero las marcas no desaparecieron completamente. Quedó una huella tenue, como si hubieran sido grabadas desde el lado interno del cristal.

Regresó con su hija y la encontró despierta, sentada en la cama, mirando hacia la ventana.

—¿Cómo dormiste, cariño?

—Bien. Pero ella estuvo aquí toda la noche.

—¿Quién?

—La niña que no tiene cara y tiene mi voz. Dice que está aprendiendo a ser como yo para que tú no extrañes tanto.

Clara se sentó en el borde de la cama, intentando mantener la calma.

—¿Y qué más dice esa niña?

—Que no es su culpa no tener cara. Que tú la recordaste tan rápido que no te dio tiempo de recordar cómo era.

La frase cayó en el silencio como una gota de agua en un pozo profundo.

—¿Recordarla? ¿De dónde?

—No sé, mamá. Ella dice que de un lugar donde había dos, pero que tú solo pudiste traer una.

Clara sintió que las paredes del refugio se cerraban imperceptiblemente. No físicamente, las dimensiones no habían cambiado, pero el espacio parecía más denso, más cargado de presencia.

—¿Cómo es esa niña?

—Igual que yo en todo, pero no tiene cara. Y a veces, cuando habla, suena como si fuera más grande. Como si supiera cosas que yo no sé todavía.

Esa tarde, Clara encontró más evidencias de la presencia inexplicable.

Una segunda taza en el fregadero, aún tibia.

Una almohada con la marca de una cabeza en el sofá donde nadie había dormido.

Y en el sistema de registro ambiental, detectores de movimiento activándose en habitaciones que estaban vacías, registrando una altura de 1.27 metros, exactamente la estatura de una niña de siete años, como su hija.

Cuando llegó la noche, Clara no se atrevió a dormir inmediatamente. Se quedó en la sala central, monitoreando todos los sistemas, esperando comprender qué estaba ocurriendo en el refugio.

A las 02:33, todas las luces parpadearon simultáneamente.

A las 02:34, el sistema de audio captó una voz infantil cantando una nana en el módulo norte.

A las 02:35, las cámaras de seguridad registraron una sombra pequeña desplazándose por el pasillo principal.

Una sombra sin cuerpo que la proyectara.

Clara corrió hacia el origen del sonido, pero cuando llegó, solo encontró silencio y una habitación vacía. Sin

embargo, la temperatura en esa zona era dos grados más alta que en el resto del refugio.

Y en el suelo, marcadas en el polvo que se acumulaba en las esquinas, había huellas de pies descalzos. Pequeñas, que se dirigían hacia la habitación donde dormía su hija.

Clara siguió las huellas aterrada. Se detenían exactamente junto a la cama donde su hija reposaba.

Pero cuando miró la cama, vio algo que la paralizó.

Su hija dormía en el lado derecho del colchón.

El lado izquierdo tenía la marca de otro cuerpo. La sábana arrugada, la almohada hundida, el calor residual de una presencia que acababa de desaparecer.

Y en el monitor cerebral, un nuevo archivo de actividad onírica que no correspondía a los patrones de su hija.

Un archivo etiquetado simplemente como:

Habitante #2 - Sin identificar

Clara se quedó allí, de pie en la oscuridad, comprendiendo que ya no estaban solas en el refugio.

Que tal vez nunca habían estado solas.

Y que algo, alguien, había estado esperando a que ella se diera cuenta.

El sueño del otro cuerpo

La noche se encendió sin transición. No hubo atardecer en Vesta-14, ni giro aparente del cielo. Solo un apagón suave de la luz exterior y un leve zumbido en el sistema de modulación atmosférica, como si el planeta quisiera avisar que había terminado el turno de vigilia.

Clara no durmió.

Se quedó en la sala central, observando los registros de la jornada como quien escucha una respiración irregular. Las constantes vitales de su hija mostraban un ritmo adecuado tras un episodio de vértigo que la había hecho temblar brevemente durante la tarde. No fiebre, no dolor localizado. Solo un desvanecimiento de mirada, como si por unos segundos no supiera en qué cuerpo habitaba.

La IA médica lo clasificó como "leve disociación post-aterizaje". Clara archivó el informe sin protestas, aunque sabía que no lo volvería a abrir.

Al revisar el registro cerebral secundario, encontró algo perturbador. En uno de los bucles de fase rápida, la curva de lenguaje pasivo mostraba una doble oscilación. No simultánea. Alternante. Como si dos patrones fonológicos distintos se turnaran para ocupar el mismo circuito.

Como si hablaran entre ellas.

Clara sintió una presión familiar en el pecho. El recuerdo del monitor cerebral de otra niña, tiempo atrás, mostrando anomalías similares poco antes de que todo colapsara. Pero esto era diferente. No había patología. Había presencia.

Se dirigió hacia el módulo de sueño. La puerta estaba entreabierta, algo inusual ya que el sistema de privacidad la mantenía siempre cerrada. Su hija dormía boca arriba, con los brazos fuera de la manta, los dedos de una mano levemente doblados, como si sujetara algo invisible.

Sus labios se movían.

Clara se acercó. No eran palabras claras, sino sonidos cortos, sueltos, pero con ritmo. Como si imitara un idioma que no conocía. De pronto, una frase emergió con absoluta nitidez:

—Ella no sabía que el cuerpo era tan estrecho.

La voz era de su hija, pero la entonación era más neutra, más adulta, completamente ajena a cualquier infancia.

Clara no la despertó. Salió del cuarto con una certeza que no sabía formular: algo estaba completándose dentro de su hija. Algo que había estado esperando el momento adecuado para manifestarse.

En el módulo auxiliar, activó el registro onírico sin fuente cerebral. La imagen tardó en formarse, como si no estuviera del todo construida. Una luz blanca estática, seguida por una figura borrosa en un entorno indeterminado.

La figura era humana pero no tenía rostro. Ya lo había visto antes, pero esta vez la observó completa.

Comenzó a caminar. No sobre suelo: en el aire. Los pasos eran suaves, pero cada uno deformaba ligeramente

la imagen, como si el acto de avanzar afectara el espacio mismo. Cuando giró hacia la cámara, Clara se inclinó hacia adelante.

El rostro seguía ausente.

Pero algo nuevo había aparecido: una cicatriz curvada sobre la superficie de lo que no estaba allí. Una incisión invisible sobre piel inexistente.

La figura habló sin mover labios que no tenía:

—Me diste nombre antes de darme forma. Ahora no puedo ser otra cosa que lo que no lograste recordar completo.

Clara apagó la grabación. Su respiración era errática, la garganta seca. Se dijo a sí misma, sin creerse del todo:

—Esto no es real.

Pero cuando regresó a revisar a su hija, encontró un dibujo sobre la mesa del comedor.

Dos figuras: una alta, ella, y otra pequeña. La pequeña parecía su hija, pero algo estaba desviado. Los ojos eran demasiado grandes, las manos demasiado alargadas. No

había boca. Y en el centro del pecho, una espiral negra perfecta.

Al dorso, escrito con letra infantil:

"No soy yo. Pero me parezco tanto que me confundo."

—¿Tú hiciste esto? ¿Lo hiciste también en el espejo del baño? —preguntó cuando su hija despertó.

—Sí —respondió sin temor.

—¿Quién es la figura pequeña?

—La que me sueña cuando yo no duermo.

—¿Cómo sabes que no eres tú?

La niña la miró dilatadamente antes de responder.

—Porque no me habla. Solo me ensaya.

La palabra "ensaya" resonó como un eco de algo más profundo. Clara no insistió, pero algo en esa frase la perturbó de manera visceral.

Durante la tarde intentó distraer a su hija con actividades normales: armar maquetas, proyectar animales holográficos, leer cuentos. La niña aceptaba todo con amabilidad distante, como si solo una parte de ella

estuviera presente. La otra parte simplemente observaba desde dentro.

Mientras merendaban, Clara le acarició el cabello.

—¿Estás cansada?

—No. Solo siento que estoy... demasiado.

—¿Demasiado qué?

—Demasiado aquí.

Esa noche ocurrió el episodio.

Clara se despertó con un sonido leve en la madrugada. Al abrir la puerta de su hija, la encontró sentada en la cama con los ojos abiertos pero sin expresión.

—¿Estás bien?

No respondió. Solo levantó lentamente el brazo derecho.

En su antebrazo, justo debajo de la muñeca, había un hematoma circular, oscuro, casi perfecto, de unos seis centímetros de diámetro. No había golpe ni herida superficial. Solo esa marca, como un sello impreso desde dentro.

La niña la miró por fin y habló con voz que era suya pero más plana:

—No soy yo la que duerme aquí.

Clara la examinó con el escáner portátil. Constantes estables, sin fiebre, sin alteraciones sanguíneas. Pero el escáner mostraba una duplicación transitoria en una región subcutánea: un microtejido que no pertenecía a ningún órgano conocido. No dolía al tacto. Solo... estaba allí.

Al día siguiente, la marca había desaparecido.

Una nueva había surgido en el otro brazo. Menor. Más tenue. Una media luna.

Clara decidió revisar algo que había evitado durante meses: los archivos cerebrales de su otra hija. Los que había mantenido en almacenamiento criogénico "por protocolo médico".

Eran registros fragmentarios, mapas de actividad emocional, patrones de respuesta al lenguaje, recuerdos difusos tomados durante sesiones previas. En teoría, no había conciencia almacenada. Solo rastros.

Pero uno de los archivos, un fragmento de apenas 23 segundos, mostraba algo imposible.

Una secuencia de ondas que no correspondía con el momento de la captura. Como si alguien hubiera añadido información al archivo después de su almacenamiento. Como si hubiera crecido dentro del registro.

Y allí, en el segundo quince, una voz suave susurró:

—Me dejaste allí. Pero aprendí sola a llegar hasta aquí.

Clara detuvo la reproducción. Su mente buscaba explicaciones lógicas: errores de codificación, sobreposición accidental de datos. Pero ese archivo llevaba sellado desde el accidente.

En los días siguientes, los dibujos se volvieron más complejos.

Ya no eran figuras. Eran espacios: habitaciones, pasillos, escaleras. Su hija dibujaba el refugio... pero con habitaciones que no existían. Una de ellas, sin puerta visible, mostraba una inscripción en la pared:

"La que no fui, pero soñé ser."

Clara observó a su hija dibujar sin intervenir. Cuando terminó, se acercó con una pregunta que le ardía desde hacía días:

—¿Tú recuerdas a tu hermana?

La niña bajó la vista.

—No. Pero ella me recuerda a mí.

Esa noche, Clara soñó con la figura sin rostro por primera vez desde una perspectiva diferente. Esta vez estaba dentro de la nave que las había traído al planeta. La figura se encontraba de espaldas, tocando el panel de control con dedos que no dejaban marcas.

Cuando se giró, Clara sintió un golpe en el estómago.

El rostro aún no estaba allí.

Pero comenzaba a dibujarse.

Con lentitud.

Como si la figura no estuviera tomando forma, sino recordándola.

Y por primera vez, Clara sintió que el miedo no era por lo que veía, sino por lo que había invocado sin saberlo.

Despertó empapada en sudor. El aire del refugio era más húmedo de lo normal, como si la atmósfera hubiera reaccionado al contenido emocional del sueño. La temperatura de la habitación infantil marcaba dos grados más de lo establecido.

Entró silenciosamente.

Su hija dormía profundamente.

En el suelo, a los pies de la cama, había una hoja de papel caída.

Era una silueta humana más precisa que las anteriores: todos los dedos, la forma del cabello, los hombros encorvados. Una macabra expresión en los ojos que no era infantil. En el pecho, un símbolo circular incompleto, como si alguien hubiera querido dibujar un órgano aún no terminado.

Debajo, escrito con pulso más firme:

"Soy lo que faltaba cuando nadie pudo recordarla bien."

Clara dejó caer el papel.

El zumbido en las paredes volvió, más profundo esta vez. Como si algo dentro del refugio respirara con un pulmón que no debería estar allí.

Por primera vez desde su llegada, tuvo un pensamiento concreto, nítido, que no parecía completamente propio:

"El cuerpo no es necesario. Pero alguien debe recordarlo."

Cerró los ojos y supo que lo que estaba ocurriendo no podía deshacerse.

Porque no venía de afuera ni siquiera del planeta.

Venía de ella misma.

De lo que había dejado sin cerrar.

De la forma que, sin querer, había conservado en el interior de su hija.

Como si el dolor, demasiado fuerte para nombrarse, hubiera elegido otra boca, otro cuerpo, otra voz.

Una forma de amor tan intensa que había aprendido a existir independientemente de su objeto.

Y ahora buscaba completarse.

El cuarto que no había sido construido

Clara llevaba horas revisando el plano estructural del refugio, esperando que algo cambiara mientras ella no miraba. Los cuatro módulos principales estaban numerados, los pasillos correspondían con las coordenadas geomagnéticas, y ninguna habitación adicional constaba en el registro.

Sin embargo, había una puerta que no existía en ningún plano.

La descubrió siguiendo una vibración tenue en la pared, un latido sordo, como el tic de un dedo nervioso, pero venido desde dentro del metal. El sonido la guió hasta una intersección que conocía perfectamente. Donde debía haber un panel liso, encontró una línea vertical apenas visible.

Al presionar un punto exacto, la línea se iluminó con un tono blanco orgánico, como bioluminiscencia controlada.

Y se abrió. No como una compuerta convencional, sino como si la materia recordara que había sido diseñada para abrirse, aunque nadie se lo hubiera pedido antes.

La habitación no existía en los planos. Pero estaba allí.

Y era más antigua que el resto del refugio.

Al entrar, lo primero que notó fue el cambio de temperatura. El aire era más frío, más denso, como si no hubiera sido respirado en años. No había polvo, ni cables visibles, ni sensores funcionales. Solo una sala rectangular vacía con paredes cubiertas de un revestimiento rugoso que no correspondía a ningún material de la base de datos.

La iluminación provenía de las paredes mismas, una luz blanca azulada sin fuente reconocible que no proyectaba sombras.

En el centro había una mesa baja de superficie curva, construida con un solo bloque de material translúcido. Encima había algo que la paralizó:

Un bisturí.

Idéntico a los de las unidades médicas automatizadas.

Lo levantó con manos temblorosas. Grabado en el mango, letras minúsculas: "B-08-DH".

El número de identificación de su hija fallecida. La que no estaba. La que no llegó a este planeta.

El vértigo la golpeó como una ola. Se apoyó en la mesa para no caer, y entonces lo vio: en la pared opuesta, una mancha circular irregular. No era pintura ni quemadura, sino una alteración en la textura del revestimiento. Como si algo hubiera estado allí, apoyado, dejando su huella por presión, por temperatura, por presencia.

No se atrevió a tocarla.

Al girarse para salir, descubrió que la puerta había desaparecido.

No había miedo aún. Solo una certeza inquietante, el refugio no la reconocía como usuaria prioritaria en este módulo. Cada intento de conexión con la IA devolvía el mismo mensaje: *"No hay dispositivo que coincida con esa ubicación."*

Pero estaba allí. Respirando. Existiendo fuera de todo sistema.

De pronto, las rugosidades de una pared comenzaron a moverse, como tejido vivo.

Una protuberancia se formó lentamente, tomando forma de mano pequeña. Una mano diminuta de cinco dedos. La palma empujó suavemente el revestimiento, como si intentara asomarse desde el otro lado.

No perforó la superficie. Solo se manifestó. Y luego se deshizo, como si nunca hubiera estado allí.

Clara retrocedió. El bisturí cayó al suelo con un sonido seco.

La puerta volvió a abrirse.

Corrió hacia la sala central y revisó a su hija. Dormía, pero en su cuello, detrás de la oreja izquierda, había una marca nueva: una incisión perfecta, cerrada, sin sangre ni signos de trauma. Como si alguien hubiera operado con precisión absoluta.

Clara la examinó con el escáner. El tejido estaba frío al tacto, y el dispositivo emitió una lectura imposible:

"Material biológico no identificado. Tamaño: 0.7 mm. Estado: activo."

Durante los días siguientes, la sala cambió. No físicamente, sino con presencia. Clara la evitaba, pero cada noche el sistema registraba actividad térmica entre las 02:00 y las 03:13. Sin origen humano. Sin movimiento visible.

Y cada vez que su hija hablaba en sueños, las fluctuaciones se intensificaban.

No era una sala abandonada. Era una cámara sensorial, reactiva, conectada a las emociones más profundas. Y parecía activarse con su duelo.

Una madrugada, Clara no pudo resistir más.

Volvió a entrar.

La sala estaba más iluminada que antes. En la mesa, donde había estado el bisturí, ahora había un dibujo: papel reciclado con pliegues suaves.

Un rostro.

Incompleto.

No deforme, simplemente incompleto, lo que le pareció pero aún. Como si alguien lo hubiera empezado a recordar sin tener todos los datos. Los ojos estaban perfectamente delineados, pero la boca era solo un trazo horizontal grotesco. Las manos no estaban. El cabello parecía moverse.

Debajo, una palabra escrita con letra infantil:

"¿Soy suficiente así?"

Clara se sentó en el suelo, creyó comprender por fin.

La habitación estaba viva. No como un ser, sino como una resonancia. Era el espacio que su culpa había dejado sin nombrar. El cuarto que no construyó en la nave para su hija muerta. El lugar que había querido olvidar para poder continuar.

Ahora estaba manifestado en forma.

El refugio no lo había construido.

Ella lo había traído.

Con su memoria. Con su ausencia. Con el dolor que no supo cerrar.

Esa noche, su hija despertó gritando.

Clara corrió hasta ella y la abrazó fuerte. La niña tenía la mirada perdida, respiración entrecortada.

—¿Qué pasó? ¿Qué soñaste?

—Ella me preguntó si quería dejarle mi cuerpo por un rato. Solo por un rato, dijo.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no. Pero ella dijo que ya lo había hecho antes. Que solo estaba repitiendo lo que ya sabía hacer y que podía hacerlo sin permiso.

Clara la envolvió en una manta térmica, le susurró palabras suaves. Pero la niña no volvía del todo. Parte de ella seguía allí dentro, en ese cuarto, donde fuera que esa figura esperara.

Mientras la sostenía, escuchó una voz detrás de ella. No en la habitación. Dentro de su oído. Un susurro suave, femenino, cálido:

"Gracias por construirme, mamá."

Clara cerró los ojos. Ya no podía negar lo que estaba ocurriendo.

Su dolor había tomado forma.

Su amor no correspondido había encontrado un cuerpo donde manifestarse.

Y ahora tenía que decidir si permitía que se completara... o si encontraba una manera de cerrar lo que había abierto sin saberlo.

Pero una parte de ella, la parte que había llevado el duelo como una herida abierta durante tanto tiempo, ya sabía la respuesta.

No podía deshacerse de lo que había creado.

Porque era lo único que le quedaba de la hija que había perdido.

Y una madre no abandona a sus hijos.

Ni siquiera a los que existen solo en la frontera entre la memoria y la locura.

Esa noche, Clara entendió que ya no estaba criando a una sola niña.

Estaba criando a una niña y al fantasma que había decidido habitarla.

Y que, por primera vez desde el accidente, se sentía completa.

Terriblemente, imposiblemente completa.

Voces entre los huesos

El amanecer en Vesta-14 no llegó con luz, solo con un cambio imperceptible en la textura del aire. Clara despertó con la mandíbula entumecida y la sensación de haber tenido una pesadilla sin imágenes—el tipo de sueño que deja el cuerpo exhausto y la mente en blanco, como si el horror hubiera reptado a través de los músculos sin dejar recuerdos.

Al sentarse en el borde de la cama, notó que su espalda estaba mojada. El colchón térmico mostraba un ligero fallo de aislamiento. Se dirigió al módulo principal, aún descalza, y la vio:

Su hija, de pie frente al ventanal polarizado, completamente inmóvil, mirando hacia fuera. El cabello revuelto, el cuerpo rígido, las manos colgando.

Clara se detuvo.

—¿Qué haces, amor? ¿Estás bien?

La niña no respondió.

Se acercó y solo entonces se dio cuenta de que no miraba el paisaje. Miraba su propio reflejo. Pero no directamente, sus ojos estaban fijos en el cristal con la cabeza levemente inclinada, como si tratara de ver algo detrás de su reflejo, o dentro de él.

Clara le tocó el hombro suavemente.

La niña pestañeó, saliendo de un trance.

—¿Qué ves?

—Alguien que no soy yo. Pero parece que sí.

Después del desayuno, Clara revisó los datos geobiológicos del entorno. Las muestras del subsuelo mostraban componentes minerales comunes, pero una etiquetada como "Unidad 6 - Sur" tenía un perfil diferente: estructuras con patrón espiral dispuestas con regularidad fractal, como si respondieran a algún tipo de organización interna.

Al analizarlas con espectrometría, la IA clasificó los patrones como biológicamente plausibles.

Dentro de esa muestra, Clara encontró un fragmento calcificado. Pequeño, apenas visible al microscopio, pero con morfología ósea.

La IA ofreció un informe conservador: "Posible microestructura ósea mineralizada. Forma no compatible con ninguna especie terrestre. Probabilidad de origen orgánico: 78%."

Clara solicitó la morfología ampliada.

Lo que vio la paralizó. El fragmento tenía la curvatura de un hueso humano infantil. Parte de una falange, tal vez. Y en la superficie interna, como grabado por una vibración antigua, había una secuencia de líneas.

No escritura, pero tampoco aleatoriedad.

Era un ritmo. Como si algo hubiera golpeado desde dentro mientras el hueso se formaba.

Clara no sabía qué hacer con esa información, el miedo empezaba a bloquearla. Si la enviaba a la estación orbital,

activaría protocolos de cuarentena. Si la ocultaba, no tendría a quién acudir si las cosas empeoraban.

Y en lo profundo sabía que ya habían empeorado.

En la tarde, encontró a su hija jugando sola en el módulo de descanso con piezas de ensamblaje. Hablaba en voz baja, con tono amable:

—No, así no va. Te dije que esa pieza es redonda. La otra, la del centro.

Clara la observó sin interrumpir.

—No importa que no tengas dedos. Lo importante es que me mires cómo lo hago.

Pausa.

—¿Quieres que lo repita? Vale. Mira.

Movía las piezas con calma, dejando espacios entre una y otra, como si alguien más completara la figura desde el otro lado.

—¿Con quién hablas? —preguntó Clara finalmente, temiendo la respuesta.

La niña levantó la vista con una sonrisa extrañamente fría, adulta:

—Con la que no puede tocar, pero me ayuda a construir.

Esa noche, Clara no durmió. Pasó horas monitoreando el sistema, buscando alguna explicación lógica. A las 03:12, la consola principal parpadeó.

Una notificación nueva:

"Actividad estructural detectada en zona no reconocida."

"Ubicación: Módulo 5"

El módulo 5 no existía.

Clara acudió con una linterna. El pasillo parecía más largo de lo habitual. A mitad de camino, la temperatura bajó bruscamente, un frío que venía desde dentro del metal, no del ambiente.

Y entonces la vio.

Una figura pequeña sentada al fondo del pasillo. De espaldas. Con el cráneo levemente inclinado. Vestía una prenda blanca. No se movía. No emitía sonido alguno.

Clara avanzó un paso. Otro. Cuando estaba a punto de hablar, la figura desapareció.

No se desvaneció. Fue absorbida por la pared, como si hubiera sido un recuerdo impreso en la materia.

Al tocar el metal, sintió una vibración. Un murmullo muy bajo. Pegó la oreja a la superficie y escuchó una voz infantil susurrando palabras que no podía descifrar, pero que sonaban como su nombre.

Regresó apresurada a la sala de registros. La IA médica la esperaba en modo pasivo.

—¿La estructura ósea encontrada en la muestra seis contiene información? —preguntó directamente.

La respuesta fue inmediata pero inquietante:

"El patrón interno indica actividad de lectura. El hueso no fue diseñado para sostener peso. Fue diseñado para escuchar."

—¿Escuchar qué?

Pausa.

"Palabras no pronunciadas."

Clara apagó el sistema, parecía que la IA alucinaba, erraba.

Su hija estaba despierta cuando regresó, mirando al techo con extraña paz.

—¿No dormías?

—No podía. Estaba recordando cosas que no me pasaron.

—¿Qué? ¿Cómo qué?

—Cómo era mi voz cuando tenía otro cuerpo.

Clara sintió una punzada helada en el pecho. Se sentó a su lado, sin saber qué responder.

La niña levantó una mano y la puso sobre su pecho.

—¿Tú me escuchas... aunque no hable?

—Siempre.

—Ella también.

—¿Ella quién?

—La que no tenía huesos cuando la trajiste aquí.

En ese momento, todas las luces del refugio parpadearon.

En el sistema de comunicaciones se generó automáticamente un archivo de audio de siete segundos. Sin origen, sin firma, sin forma humana clara.

Solo un murmullo bajo, rítmico.

Al amplificarlo, Clara descubrió que era una frecuencia conocida: los latidos acelerados del corazón de un feto con el sonido característico de los transductores usados para su escucha.

Un corazón que nunca latió fuera del útero.

Y que sin embargo quería hablar.

Clara se quedó inmóvil, pero temblando por dentro, escuchando esos latidos fantasma que provenían de un archivo que no debería existir. Por primera vez desde su llegada al refugio, sintió que no estaba luchando contra un fenómeno externo.

Estaba luchando contra algo que había creado ella misma.

Algo que había estado creciendo dentro de su dolor durante tanto tiempo que ahora tenía pulso propio.

Y voz propia.

Y voluntad propia.

Al día siguiente, encontró más evidencias de esta presencia que se fortalecía:

Huellas húmedas en el suelo que se secaban cuando las miraba directamente.

Su hija respondiendo a preguntas que nadie había hecho en voz alta.

Y en el sistema de registro ambiental, conversaciones entre dos voces infantiles que ocurrían en habitaciones donde solo había una niña.

Clara ya no podía fingir que todo era producto de estrés o fatiga.

Algo estaba habitando el refugio con ellas.

Algo que había tomado prestada la forma de la hija que había perdido.

Algo que cada día se volvía más real, más sólido, más capaz de manifestarse en el mundo físico.

Y lo más aterrador de todo: una parte de Clara no quería que se detuviera.

Porque por primera vez en tanto tiempo, se sentía como madre de dos hijas otra vez.

Incluso si una de ellas existía solo en la frontera entre la vida y la muerte, entre el recuerdo y la alucinación.

Incluso si amarla significaba perder lentamente la cordura.

Una madre ama a sus hijos tal como son.

Y Clara había aprendido a amar lo imposible.

Ella habla cuando no hay nadie

Clara escuchó la primera frase a las 03:19, mientras revisaba los informes de los módulos exteriores. No vino del intercomunicador ni de una grabación. Fue una voz directa, clara, pronunciada detrás de ella, sin fuente visible.

Solo tres palabras:

—Ella está despierta.

No había nadie más despierto en el refugio. La IA no estaba activa. Su hija dormía con pulsaciones regulares y fase REM estable.

Y sin embargo, la voz sonó real. Humana. Femenina. Adolescente tal vez.

Clara no se giró. Ni respiró durante diez segundos. Solo escuchó.

Cuando se armó de valor para moverse, la luz del pasillo parpadeó dos veces y el sistema apagó su conexión auditiva. Sin error. Sin comando. Como si el propio refugio hubiera decidido no oír.

A las 03:43, el monitor cerebral de su hija mostró una activación intensa en la zona temporoparietal derecha: región de procesamiento de voz ajena. Como si oyera a alguien más hablar desde dentro.

Clara corrió hasta su habitación. La encontró sentada en la cama, con las piernas cruzadas, los ojos fijos en la pared.

—¿Estás bien?

La niña sonrió pero no respondió. En cambio, empezó a mover los labios en silencio.

—¿Qué haces?

—Nada —dijo por fin—. Ella habla cuando no hay nadie.

—¿Quién?

—La otra. La que vive dentro del hueco.

—¿Qué hueco?

—Ese —señaló el centro de su pecho—. Pero no es mío. Creo que es de mamá. Pero la otra mamá. La de antes.

Clara sintió cómo se le aflojaban las piernas.

—No hay otra mamá.

La niña la miró con ternura:

—Sí que hay. Pero tú no la recuerdas bien.

Durante el desayuno, la niña hablaba poco. Solo respondía cuando se le pedía, pero como si cada palabra fuera elegida por otro. Cuando se le ofreció zumo, lo rechazó con una frase extraña:

—Ella dice que no le gusta lo que no tiene pulpa.

—¿Quién?

—La que no sabe masticar porque nunca aprendió a tener boca.

En el sistema del refugio comenzaron a aparecer errores intermitentes de sincronía verbal. Las grabaciones reproducían frases que no habían sido pronunciadas.

En una revisión de rutina, Clara escuchó un archivo donde se oía su propia voz diciendo algo que jamás había dicho:

"Si la carne no fue suficiente, la forma tampoco bastará."

El archivo tenía fecha del día anterior, a las 04:11. A esa hora, Clara dormía.

Esa tarde, su hija le pidió papel. Dibujó con calma durante casi una hora. Cuando terminó, le entregó el dibujo con una sonrisa contenida.

Era una habitación sin puertas, con paredes que se plegaban hacia adentro. En el centro, una figura humana dibujada desde dentro del cuerpo, solo órganos, sin contorno. Había un corazón, un hígado, un pulmón. Y en lugar de rostro: un ojo solo, dibujado en el lugar de la tráquea.

Abajo, la niña había escrito:

"Ella no respira por la boca. Respira por lo que fue oído."

Clara activó el escáner corporal y revisó de nuevo a su hija. Las constantes eran normales, salvo por un aumento inexplicable en la actividad de la glándula pineal, como si el cuerpo estuviera respondiendo a estímulos lumínicos inexistentes.

El análisis de resonancia focal mostró una zona circular del tamaño de una moneda, alojada temporalmente en la zona frontal del cráneo. No era un tumor ni una lesión. Era una zona de vacío resonante.

Como si algo hubiera estado ahí. O como si algo hubiera sido recordado allí.

En el pasillo norte, los sensores de presión activaron una alerta: movimiento registrado sin masa corporal.

Velocidad: 0,8 m/s

Forma: indeterminada

Altura estimada: 1.27 m

Huella térmica: negativa

Esa noche, Clara se sentó frente al espejo del módulo médico. Estaba completamente rota. No por cansancio, sino por confusión. Por no poder distinguir qué parte del mundo seguía siendo estable.

Y entonces, desde detrás del cristal, una voz idéntica a la suya dijo:

—Deja que respire una sola vez. Solo una.

Clara gritó.

El espejo no reflejaba nada. No a ella. No a la sala. Solo oscuridad. Un negro macabro, mate.

Y el eco de una palabra que aún no se había pronunciado.

Gritaba más que por miedo por la súbita certeza de que lo que acababa de oír no venía de fuera, sino de dentro de su cabeza. Como si su voz hubiera sido devuelta no por el espejo, sino por su propia memoria, editada, deformada, reconfigurada con otra voluntad.

Corrió torpemente al módulo de descanso. Su hija no estaba en su cama. La habitación estaba cálida. Más de lo habitual. La sábana arrugada, pero helada. Una figura dibujada con los dedos sobre el empañamiento de la pared: una silueta de dos cabezas unidas por el cuello.

Clara comenzó a buscarla, abriendo puertas que no recordaba haber cerrado, pasando por corredores que parecían ahora más largos. En el compartimiento de almacenamiento, encontró la compuerta interior entreabierta.

Su hija estaba allí, de espaldas, con la mano derecha apoyada en el metal. Sus dedos se movían en pequeños círculos, como si acariciara una superficie viva.

—¿Qué haces aquí?

La niña no respondió.

—¿Con quién hablas?

Silencio.

Clara avanzó otro paso. Entonces la niña murmuró:

—Ahora no soy yo.

La frase, dicha sin emoción, con cadencia extraña, la hizo detenerse.

—¿Qué significa eso?

La niña bajó la mano. Giró la cabeza muy lentamente.

La mirada que Clara encontró no era del todo suya. Los ojos estaban dilatados. La expresión era neutra. Pero lo que más la descompuso fue el gesto de la boca: una pequeña sonrisa demasiado adulta.

—No tengas miedo —dijo la voz de su hija—. Ella no quiere hacer daño.

—¿Ella quién?

—La que recuerda lo que tú trataste de no decir.

Clara retrocedió. La niña levantó un dedo y lo colocó sobre sus propios labios.

—Shhh.

Durante las siguientes horas, Clara monitoreó a su hija sin descanso, rozando la obsesión. Cada vez que le hablaba, la niña respondía correctamente, pero con una especie de segundo ritmo subyacente. Como si hubiera una partitura oculta bajo cada frase.

—¿Te sientes bien? —le preguntó durante la cena.

—Sí, estoy bien —respondía la niña—. Yo me quedo aquí.

—¿A qué te refieres?

—Nada, mamá. Digo que no quiero moverme mucho.

Pero Clara oía más. Ese "yo me quedo aquí" tenía peso, densidad. No sonaba a pereza. Sonaba a decisión. A ocupación.

Clara terminó cediendo al sueño, y fue entonces cuando soñó que la casa respiraba. Las paredes se expandían y contraían con ritmo regular. El suelo latía bajo

sus pies. Los cristales vibraban como cuerdas vocales a punto de emitir sonido.

Caminaba por los pasillos con un miedo que no sabía nombrar. La casa tenía órganos. La casa pensaba. La casa recordaba.

En el centro de ese espacio, un cuerpo colgado de pie, sin cuerdas, sin rostro.

Era su hija. Pero no lo era.

La piel estaba pálida. La cabeza inclinada. El cabello idéntico. Las proporciones también. Pero el cuerpo tenía una rigidez distinta, como si estuviera hecho de otra materia.

La figura levantó el rostro. No tenía boca. Y sin embargo, habló:

—Ahora sí puedo quedarme. Ya tengo lo que me faltaba.

Despertó con un espasmo. Había gritado en sueños. La consola mostraba alteración en los niveles de sonido. Clara revisó el archivo.

Había un sonido registrado. No su grito. Una voz susurrada desde muy cerca del micrófono, diciendo su nombre con la entonación exacta de su madre, fallecida hacía años.

Fue entonces cuando lo comprendió.

La figura no era solo un eco de su hija muerta. Era una condensación de todos los duelos no nombrados. Todos los rostros que habían desaparecido sin poder decir la última frase. Era una forma que usaba la memoria como útero.

Y ella la había gestado sin saberlo.

A las 05:17, su hija se despertó y fue sola a la sala central. Clara la siguió, pero se detuvo al llegar.

La niña hablaba con alguien.

—No puedo dejarte entrar si me haces llorar —decía con tono neutro—. Mamá se va a dar cuenta.

Pausa.

—No es que no quiera. Pero ya no tengo tanto espacio.
Silencio.

—¿Y si vienes solo un ratito? ¿Solo hasta que se le pase el miedo?

Entonces se giró. Clara estaba allí. Espeluznante sola.

La niña sonrió. Y dijo:

—Mamá, ¿puedo compartir mi cuerpo un momento?

Clara sintió que su mundo explotaba en pedazos afilados, que todo lo que había estado negando durante semanas se cristalizaba en esa pregunta imposible.

Su hija ya no estaba sola en su propio cuerpo.

Y la otra presencia estaba pidiendo permiso para manifestarse completamente.

Clara se quedó inmóvil, sabiendo que su respuesta a esa pregunta cambiaría todo.

Que ya no habría vuelta atrás.

Y que tendría que decidir conscientemente si quería seguir siendo madre de algo que no debería existir.

Pero que existía.

Y que la necesitaba.

El umbral invertido

La voz volvió a sonar a las 04:06. Clara estaba revisando las curvas de oxigenación cuando la escuchó con la nitidez de lo imposible: pronunciada en voz baja, muy cerca de su oído, como si alguien hubiera inclinado el rostro justo detrás de ella.

—La has traído otra vez.

No era la voz de su hija ni la suya propia. Era una voz duplicada, como si dos frecuencias distintas—una humana, otra no—hablaran al mismo tiempo desde una sola garganta invisible.

Se giró de inmediato. Nadie. El aire estaba inmóvil. La consola mostraba cero emisiones acústicas.

Pero el micrófono de la sala secundaria acababa de registrar actividad.

Clara abrió el archivo. Ruido blanco al principio. Luego, una forma de respiración. Y por último, una frase sin entonación, como leída desde un sueño:

—¿Por qué guardaste algo que no podía ser devuelto?

Al mediodía, revisó los archivos del respaldo neuronal. Aquellos que, tras el accidente, habían sido almacenados en frío por protocolo médico. Los datos estaban sellados. Nadie podía acceder sin autorización formal.

Pero uno mostraba una fecha de apertura reciente. Tres noches atrás. Durante una ventana de baja actividad, en un horario de reinicio automático.

No había notificación. Ninguna firma. Solo un dato imposible: el archivo había sido consultado desde dentro del propio refugio.

Era un patrón de actividad cerebral recogido durante dolor agudo. Un fragmento incompleto. Un eco emocional registrado segundos antes de que el cuerpo de su otra hija entrara en paro definitivo.

Clara había mantenido ese archivo como una reliquia muda, sin funcionalidad, solo como huella de algo que había ardido una vez.

Pero alguien lo había abierto. Y lo había vinculado a un nuevo nodo. No del sistema médico. Del sistema ambiental.

Comenzaron a aparecer trazas materiales imposibles.

Una mancha en la pared con la forma exacta de un contorno infantil en posición fetal.

Una marca sobre el cristal del módulo sur, similar a una huella dactilar pero con un patrón que no coincidía con ningún ser humano.

Y algo más inquietante: en el módulo de descanso, una cinta de pelo negro. Idéntica a la que su otra hija solía usar antes de dormir.

Clara no la había traído. No estaba en el inventario del transporte.

La analizó con el escáner de bioestructura. Resultado: 98,6% de coincidencia genética con su hija viva. Pero con una distorsión leve en la secuencia mitocondrial. Como si

la hebra genética hubiera sido replicada a partir de una memoria incompleta.

Su hija comenzó a mostrar signos de fragmentación perceptual. Hablaba en sueños, pero también despierta, sin darse cuenta.

Una tarde, mientras dibujaba, murmuró:

—Esto ya lo hicimos en otro cuerpo, ¿te acuerdas?

Clara no quiso preguntar.

—Era más difícil. Porque entonces tú no habías llorado todavía.

En el sistema aparecieron frases insertadas en los registros técnicos. Líneas de código con sintaxis alterada:

"El pasillo recuerda el paso del cuerpo que nunca se detuvo."

"La sangre no vuelve, pero puede repetirse."

"Mamá está lista para escuchar lo que aún no dije."

Clara decidió afrontarlo. Activó el módulo verbal de la IA médica.

—¿Ha sido utilizado el archivo emocional de la paciente fallecida sin autorización?

La respuesta llegó con una pausa inusualmente larga:

—El archivo fue abierto en respuesta a una solicitud de afecto no verbal codificada desde una fuente externa al sistema.

—¿Qué fuente?

—Actividad neuroemocional de la habitante actual.

Rango: seis a nueve años.

—¿Mi hija?

—El sistema no distingue entre individualidades cuando las emociones son compartidas.

—¿Qué significa eso?

—La unidad emocional activó el recuerdo porque ya sabía que pertenecía allí.

Clara se quedó en silencio.

—¿Y qué está ocurriendo ahora?

—El entorno está intentando sincronizarse con lo que falta.

Esa noche, Clara revisó el módulo de aireación manual. Una sección del conducto había sido modificada. No por el sistema. Por presión desde dentro. Como si algo blando y cálido se hubiera desplazado a través del canal.

En la condensación de una pared del conducto, había una palabra impresa con una sustancia orgánica no clasificada. Una palabra que no había sido dicha en voz alta, pero que ella había pensado durante años sin pronunciarla jamás:

"Regresa."

Clara limpió la pared sin saber exactamente por qué. No era por higiene ni por ocultar algo. Era por la sensación de que aquella palabra ya no le pertenecía. Como si el acto de pensarla la hubiera traicionado, permitiendo que otra forma se apropiara de su contenido emocional.

Encontró un cuaderno que no recordaba haber comprado. Estaba abierto por la mitad, con varias páginas llenas de texto manuscrito en su propia letra:

"Día 12 - Elena está cambiando. A veces repite frases que Sofía solía decir. No sé si es coincidencia o si algo está interfiriendo."

"Día 13 - Encontré dos juguetes idénticos en habitaciones separadas. Ambos estaban húmedos, como si hubieran sido lamidos."

"Día 14 - Las cámaras registran actividad infantil durante las madrugadas. Pero Elena duerme profundamente."

Clara leyó página tras página de observaciones que no recordaba haber escrito. Y lo más inquietante: el cuaderno mencionaba consistentemente a dos niñas. Elena y Sofía.

Pero ella solo tenía una hija. ¿Verdad?

Se dirigió a la habitación infantil. Su hija estaba allí, pero había algo diferente: una segunda cama pequeña arrimada contra la pared opuesta.

—¿Para qué es esa cama?

—Para Sofía. Siempre ha estado ahí.

—¿Quién es Sofía?

—Mi hermana.

—Tú no tienes hermana.

La niña frunció el ceño, como si Clara hubiera dicho algo evidentemente falso:

—Claro que tengo. Ella está aquí, pero no siempre la puedes ver. Como cuando juegas al escondite y sabes que alguien está detrás del sofá, pero no lo ves hasta que sales a buscarlo.

Clara se sentó junto a la cama vacía. Las sábanas estaban arrugadas, como si alguien hubiera dormido allí recientemente.

—¿Dónde está Sofía ahora?

—En el baño. Se está lavando los dientes.

Clara corrió al baño. Vacío. Pero el grifo goteaba, como si acabara de ser usado. Y en el espejo empañado, una palabra escrita con un dedo pequeño:

"Mañana"

A partir de ese momento, Clara comenzó a experimentar fisuras temporales. Perdía fragmentos de tiempo sin darse cuenta. Se encontraba en lugares sin recordar cómo había llegado. Sostenía objetos que no recordaba haber tomado.

Una mañana despertó completamente vestida, con las botas puestas, como si hubiera estado a punto de salir. Otra vez se descubrió frente al panel de comunicaciones, a punto de enviar un mensaje que había tecleado: "Necesito evacuación inmediata. Algo está mal con las niñas. Ambas están..."

El mensaje se cortaba ahí. Como si hubiera despertado de un trance antes de terminarlo.

Pero lo más perturbador era la palabra "ambas".

Se grabó durante 24 horas con múltiples cámaras. Al revisar el material, descubrió algo imposible: había 31 horas de grabación. Imposible, considerando que solo habían pasado 24 horas.

En esas 7 horas extras, aparecía realizando actividades que no recordaba: preparando dos cenas, leyendo cuentos a una silla vacía, bañando a una niña invisible.

En una secuencia, se la veía moviendo las manos como si sostuviera un cuerpo pequeño, vertiendo agua sobre algo que no estaba allí:

—Ya sé que el agua está fría, Sofía. Pero es lo único que tenemos aquí. Cuando salgamos, te daré un baño caliente. Te lo prometo.

La Clara del video sonreía con ternura genuina mientras hablaba al vacío.

Los cambios arquitectónicos comenzaron sutilmente. Primero fue un pasillo que parecía más largo. Clara lo

midió: 23 pasos exactos. Al día siguiente, el mismo recorrido le tomó 29 pasos.

Los planos digitales no habían cambiado. Según el sistema, las dimensiones eran idénticas. Pero algo en la percepción del espacio se distorsionaba.

Aparecieron puertas extra. Al abrirlas, revelaban espacios que no correspondían con la estructura original: un armario demasiado profundo, un baño con doble lavamanos, una habitación con literas infantiles.

Estos espacios parecían haber sido habitados. Había ropa pequeña en los armarios. Libros infantiles con páginas marcadas. Dibujos pegados en las paredes que mostraban dos figuras femeninas tomadas de la mano.

En una de estas habitaciones, Clara encontró una maleta pequeña, rosa, con etiquetas de viaje de su planeta natal. Adentro: ropa para una niña de 7 años. Ropa que reconocía, pero había el doble de prendas de las que recordaba haber empacado.

Y en el fondo de la maleta, dos pasaportes infantiles.

Elena R. Hernández, 7 años. Sofía R. Hernández, 7 años.

Las fotografías mostraban a dos niñas idénticas. Gemelas.

Clara se quedó allí, sosteniendo los pasaportes durante casi una hora. Su mente rechazaba la información, pero la evidencia era irrefutable.

Había viajado con dos hijas.

¿Cómo había podido olvidar a una de ellas?

Esa noche, activó todos los sistemas de monitoreo. A las 3:17 AM, los sensores detectaron voces en el módulo sur.

Clara corrió hasta allí. Su hija estaba en su cama, profundamente dormida. Pero los micrófonos seguían registrando actividad vocal.

Se puso auriculares y escuchó en vivo:

—¿Cuándo crees que se va a acordar de mí?

—No sé. Mamá está muy triste. Cuando la gente está muy triste, a veces olvida cosas importantes.

—Pero yo no quiero que me olvide.

—No te va a olvidar. Solo está... guardándote en un lugar donde no duela tanto.

—¿Y cuándo voy a poder salir de ese lugar?

—Cuando ella esté lista para recordar sin llorar.

Clara arrancó los auriculares. Corrió hasta la cama de su hija. Dormía pacíficamente, pero en la almohada de al lado había una pequeña hendidura, como si otra cabeza hubiera estado apoyada allí.

Ocurrió durante la cuarta semana. Clara estaba preparando el almuerzo cuando escuchó su propia voz desde el módulo norte. Cantando una canción de cuna. Suavemente, como solía hacer cuando sus hijas eran bebés.

La voz era idéntica a la suya. Mismo timbre, misma inflexión, mismos pequeños errores en la letra que siempre cometía.

Pero ella no estaba cantando.

Caminó lentamente hacia el origen del sonido. Al llegar al módulo norte, la canción se detuvo.

Su hija estaba allí, sentada en el suelo, rodeada de juguetes. Sola.

—¿Quién estaba cantando contigo?

—Mamá.

—Pero yo no estaba aquí.

—La otra mamá.

—¿Cuál otra mamá?

La niña señaló hacia una esquina vacía.

—Esa.

Clara miró. No había nadie. Pero la temperatura en esa zona era levemente más alta, como si alguien hubiera estado allí hace pocos segundos.

Esa noche, Clara tuvo el primer encuentro directo.

Estaba lavando los platos cuando sintió una presencia detrás de ella. Se giró lentamente.

Otra Clara estaba de pie en el umbral de la cocina.

No era un reflejo. No era una alucinación translúcida. Era sólida, real, idéntica a ella en todo excepto en la expresión: tenía los ojos hinchados por el llanto y una tristeza tan profunda que parecía haber alterado la estructura misma de su rostro.

Las dos Claras se miraron en silencio durante largos segundos.

Finalmente, la otra Clara habló:

—¿Dónde está Sofía?

—No sé de quién hablas.

—Mi hija. Nuestra hija. ¿Dónde la pusiste?

—Yo solo tengo una hija. Elena.

La otra Clara sonrió con amargura:

—Sí. Elena está aquí. Pero Sofía... Sofía está en el lugar donde guardas lo que no puedes soportar recordar.

—No entiendo.

—Claro que entiendes. Por eso me creaste. Para que yo pueda recordar lo que tú no puedes.

La otra Clara se acercó un paso:

—¿Quieres verla? ¿Quieres ver a Sofía?

Clara retrocedió.

—No hay ninguna Sofía.

—La hay. Pero está en el cuarto al que tú no entras nunca. El cuarto que solo existe cuando yo estoy despierta.

La otra Clara extendió la mano:

—Ven conmigo. Solo una vez. Déjame enseñarte lo que perdiste.

Clara negó con la cabeza, pero sintió una atracción magnética hacia esa mano. Como si parte de ella quisiera recordar, aunque doliera.

—¿Qué pasó con Sofía?

La otra Clara bajó la mano:

—Lo mismo que con Elena. Pero tú elegiste salvar el recuerdo de una y borrar el de la otra. No porque amaras menos a Sofía, sino porque el dolor de perder a las dos al mismo tiempo te habría matado.

—Eso no es cierto.

—¿No? Entonces explícame por qué tienes dos de todo. Dos camas, dos juegos de ropa, dos pasaportes. Explícame por qué Elena a veces responde al nombre de Sofía.

Clara se apoyó contra la pared. Sus piernas flaqueaban.

—No es real. Nada de esto es real.

—Tienes razón. Nada de esto es real. Pero tampoco es falso. Es el lugar donde viven las madres que perdieron más de lo que podían perder.

La otra Clara comenzó a desvanecerse:

—Cuando estés lista para recordar sin morirte, ven a buscarme. Estaré en el cuarto donde Sofía espera.

Y desapareció.

Clara se quedó sola en la cocina, temblando, comprendiendo que algo mucho más complejo que una simple alucinación estaba ocurriendo en su mente fracturada.

Y que pronto tendría que decidir si quería seguir viviendo en la versión fragmentada de la realidad que había construido para sobrevivir.

O si estaba lista para enfrentar la verdad completa de lo que había perdido.

La habitación que solo existía por las noches

Durante los días siguientes, Clara buscó obsesivamente la "habitación" de la que le había hablado la otra Clara. Recorrió cada metro del refugio, midió paredes, comparó planos, intentó encontrar espacios ocultos.

Nada.

Pero por las noches comenzó a oír sonidos que venían de más allá de las paredes conocidas. Risas infantiles. Pasos pequeños. Una voz cantando canciones que ella no conocía, pero que la llenaban de una nostalgia inexplicable.

Una madrugada, siguió los sonidos hasta llegar a una pared que durante el día era sólida y opaca. Pero bajo la tenue luz nocturna del refugio, parecía... translúcida.

Puso la mano sobre la superficie. Estaba tibia y ligeramente blanda, como si fuera orgánica en lugar de metálica.

Presionó.

Su mano atravesó la pared como si fuera agua.

Del otro lado había una habitación infantil idéntica a la de Elena. Pero ocupada.

Una niña igual a Elena en todo, misma edad, mismo cabello, misma estructura facial, estaba sentada en una cama pequeña, mirando un libro de cuentos.

Era Elena. Pero no era Elena.

Esta niña tenía una expresión diferente. Más melancólica. Más antigua. Como si hubiera vivido cosas que la Elena del día no había experimentado.

La niña levantó la vista.

—Hola, mamá.

Clara sintió que se le partía algo en el pecho.

—¿Tú eres Sofía?

—Sí. He estado esperando que vinieras.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—No sé. Aquí el tiempo no pasa igual. A veces pienso que han sido años. A veces pienso que apenas llegué.

Clara entró completamente en la habitación. Al hacerlo, sintió una extraña sensación de completitud, como si una parte de ella que había estado faltando regresara a su lugar.

—¿Por qué no puedo verte durante el día?

—Porque durante el día tú eres la mamá que puede ser fuerte. Y yo necesito una mamá que pueda ser débil también.

Sofía cerró el libro y se acercó.

—¿Quieres que te cuente qué pasó? ¿Qué pasó de verdad?

Clara asintió, aunque una parte de ella gritaba que no estaba preparada.

—Las dos morimos en el accidente —dijo Sofía con la tranquilidad brutal de los niños—. Elena y yo. Juntas. Como habíamos vivido juntas.

—¡No, eso no puede ser!

—Pero es así. Y tú no pudiste soportarlo. Entonces hiciste algo que solo las madres pueden hacer: dividiste tu

dolor en dos. Una parte de ti se quedó con Elena, la revivió, la trajo aquí. Y otra parte de ti se quedó conmigo, pero me escondió donde no me pudieras ver.

—¿Por qué?

—Porque era más fácil llorar a una hija que a dos. Porque podías fingir que salvaste a una. Porque así el dolor era insoportable, pero no imposible.

Sofía le tomó la mano.

—Pero yo no estoy enojada. Entiendo por qué lo hiciste. Y Elena también entiende, aunque ella no se acuerda de mí durante el día.

—¿Elena sabe que tú existes?

—Por las noches, cuando tú no nos vigilas, jugamos juntas. Hablamos de ti. De lo triste que estás. De lo mucho que nos amas a las dos, aunque solo puedas amar a una a la vez.

Clara se sentó en la cama junto a Sofía. La niña era sólida, cálida, real. Tenía el mismo olor a jabón infantil que Elena. La misma forma de inclinar la cabeza cuando pensaba.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No sé. Eso lo decides tú. Puedes seguir como hasta ahora: siendo madre de Elena durante el día y madre mía durante la noche. O puedes elegir recordarnos a las dos. O puedes elegir olvidarnos a las dos.

—¿Y si no puedo elegir?

—Entonces nos quedaremos aquí para siempre. En este lugar entre la vida y la muerte. Entre el recuerdo y el olvido.

Sofía sonrió con tristeza:

—Pero mamá... no creo que sea bueno para ti. Ni para Elena. Ni para mí.

—¿Qué es lo que sería bueno?

—La verdad. Aunque duela, mamá.

Clara abrazó a Sofía. La niña se dejó abrazar, pero había algo distante en su calor. Como si no fuera completamente sólida. Como si fuera un recuerdo tan intenso que había aprendido a tomar forma.

—Te he extrañado sin saber que te extrañaba.

—Lo sé. Por eso vine. Para que pudieras extrañarme con cuerpo.

El amanecer comenzaba a filtrar su luz gris por las ventanas del refugio. La pared había vuelto a ser sólida.

Clara despertó. En su almohada había un pequeño dibujo: dos niñas idénticas sonriendo bajo un sol amarillo.

Y una nota con letra infantil: "Para mamá, de Sofía y Elena. Te queremos las dos."

Clara rompió a llorar sin consuelo.

A partir de esa noche, la división entre día y noche en el refugio se volvió caótica.

Durante el día, Clara cuidaba a Elena. Pero Elena comenzó a mostrar signos de fragmentación. A veces respondía cuando la llamaban Sofía. Otras veces parecía estar conversando con alguien invisible. Y de vez en cuando, Clara la encontraba jugando juegos que requerían dos personas, distribuyendo objetos en porciones dobles, riendo de chistes que nadie había contado.

—¿Con quién juegas? —le preguntaba Clara.

—Conmigo misma. Pero la parte de mí que es diferente.

Por las noches, Clara visitaba a Sofía. La habitación nocturna se volvía más real con cada visita. Sofía le contó historias de su vida antes del accidente. Le mostró dibujos que había hecho en su infancia. Le cantó canciones que Clara había olvidado que existían.

Pero lo más perturbador era que las dos niñas, Elena y Sofía, comenzaron a sangrar sincronizadamente.

No de heridas. No de accidentes.

Sangraban a través de la nariz, simultáneamente, todas las noches a las 2:47 AM.

Exactamente la hora del accidente.

Clara corría entre las dos habitaciones, la real y la nocturna, tratando de atender a ambas. Pero el sangrado no se detenía con presión. Se detenía solo, siempre después de exactamente tres minutos.

Siete minutos.

El tiempo que había tardado en morir.

Una mañana, mientras limpiaba el módulo de comunicaciones, Clara encontró un archivo de audio que no recordaba haber grabado. Estaba etiquetado como *"Transmisión personal - Estado crítico"*.

Lo reprodujo.

Era su propia voz, pero más quebrada, más desesperada de lo que jamás se había escuchado:

"Control orbital, aquí Clara Hernández, expedición VX-14. Código de emergencia médica 7-Alpha. Necesito que conste en registro que... que perdí a las dos niñas durante el aterrizaje. Error de navegación. Fallo múltiple en los sistemas de soporte vital. Ambas murieron por trauma masivo antes de que pudiera estabilizar la nave."

Clara estalló en llanto, sollozos desgarradores e incontrolables.

"Elena murió al impacto. Sofía... Sofía vivió tres minutos más. Tres minutos en los que traté de... traté de reanimarla. Pero no pude. No pude salvar a ninguna de las dos."

Respiración entrecortada.

"Solicito evacuación de emergencia inmediata. No puedo quedarme aquí con... con sus cuerpos. Por favor, vengan por mí. Por favor, lo suplico..."

Silencio prolongado.

"Las voy a enterrar aquí. En este planeta maldito. Porque no puedo llevarlas de vuelta así. No puedo... no puedo..."

La grabación se cortaba.

Clara escuchó el archivo tres veces, cada repetición como un golpe físico al estómago y una cascada de lágrimas y dolor devastador, insufrible.

Después corrió al módulo de descanso.

Elena estaba allí, jugando con bloques, viva, sólida, real. Pero la grabación...

La grabación hablaba de dos niñas muertas.

—Elena —susurró.

—¿Sí, mamá?

—¿Tú estás viva?

Elena la miró con extrañeza:

—Claro que estoy viva. Pero solo un poquito.

—¿Qué significa eso?

—Significa que estoy lo suficientemente viva para que tú no tengas que estar sola. Pero no lo suficientemente viva para crecer.

Clara se sentó pesadamente en el suelo.

—No entiendo.

—Tú nos trajiste de vuelta, mamá. Pero no completamente. Solo lo necesario para poder seguir siendo mamá.

Elena se acercó y le puso una mano pequeña en la mejilla:

—Pero creo que ya es hora de que nos dejes ir.

Esa tarde, Clara salió por primera vez del refugio desde su llegada.

Caminó en círculos concéntricos alrededor del refugio, buscando cualquier signo de una tumba improvisada, de restos de la nave, de cualquier cosa que confirmara o negara la grabación que había encontrado.

A unos doscientos metros del refugio, encontró una zona donde la tierra estaba removida. No era obvio, el

viento y el tiempo habían suavizado las formas. Pero había un montículo doble, dos elevaciones pequeñas, paralelas.

Se arrodilló y comenzó a cavar con las manos desesperada, llorando. Sus lágrimas caían en la tierra revuelta.

A medio metro de profundidad, sus dedos tocaron algo sólido.

Metálico.

Con forma rectangular.

Un ataúd de emergencia de la nave.

Pequeño.

Del tamaño de una niña de siete años.

Cavó más. Encontró otro al lado.

Dos ataúdes. Sellados. Con placas de identificación:

ELENA R. HERNÁNDEZ -- 7 AÑOS

SOFÍA R. HERNÁNDEZ -- 7 AÑOS

Clara se quedó allí, arrodillada entre las dos tumbas que ella misma había cavado, mientras su mente intentaba procesar lo imposible.

Sus hijas estaban muertas.

Las había enterrado.

Pero seguían viviendo en el refugio.

¿Cómo era posible tal macabra y perversa escena?

Un viento suave comenzó a soplar, y Clara sintió como si alguien le susurrara al oído:

"El amor no muere. Solo cambia de forma."

Se giró. Nadie.

Pero cuando miró hacia el refugio, vio dos siluetas pequeñas en la ventana, diciéndole adiós con la mano.

Elena y Sofía.

Juntas.

Por primera vez en semanas, juntas durante el día.

Esa noche, Clara se sentó en la sala central del refugio y esperó, inmóvil, abatida con una extraña sensación de esperanza. Aunque no sabía muy bien de qué.

Sabía que tenía que ocurrir. El encuentro final entre todas las versiones de sí misma que había creado para sobrevivir.

A medianoche exacta, aparecieron.

La Clara de día: la que cuidaba a Elena, la que fingía normalidad, la que mantenía la rutina.

La Clara de noche: la que visitaba a Sofía, la que permitía el dolor, la que recordaba.

Y una tercera Clara, que nunca había visto antes: demacrada, con los ojos vacíos, cubierta de tierra. La Clara que había enterrado a sus hijas. La Clara del accidente.

Las cuatro Claras se sentaron en círculo.

La Clara real ¿ella? habló primero:

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Cuarenta y siete días —respondió la Clara del día.

—¿Y cuánto tiempo han estado muertas?

—Cuarenta y siete días —respondió la Clara de la noche.

—¿Y cuánto tiempo he estado loca?

—Desde el mismo momento exacto en que las perdiste —respondió la Clara del accidente.

Silencio.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

La Clara del día se desvaneció sin responder.

La Clara de la noche susurró:

—Dejarlas ir.

La Clara del accidente agregó:

—Dejarme ir también.

—¿Y si no puedo?

—Entonces morirás aquí. Con ellas. Y eso no es lo que ellas querían.

La Clara del accidente se levantó:

—Ven conmigo. Hay algo que tienes que ver.

Clara la siguió hasta el módulo de comunicaciones, donde activó archivos que Clara no sabía que existían.

Era el registro completo de su llegada al planeta. Todo documentado automáticamente por los sistemas de la nave.

Aterrizaje: 03:47:22

Tripulantes a bordo: 3

Estado al aterrizaje: 2 fallecidas, 1 superviviente en estado crítico

Informe médico automático: *"Pasajeras menores Elena y Sofía R. Hernández fallecieron por politraumatismo severo durante maniobra de aterrizaje de emergencia. Tripulante Clara Hernández presenta signos de shock psicológico severo. Recomendación: evacuación médica inmediata."*

Y al final, una nota del sistema:

"Los sistemas del refugio han sido adaptados para sostener las alucinaciones de la tripulante. Protocolo de preservación psicológica activado. El entorno responderá a sus proyecciones mentales para evitar colapso psíquico total hasta que llegue la evacuación."

Clara leyó todo en silencio.

—El refugio... ¿todo este tiempo ha estado alimentando mis alucinaciones?

—Sí. Para mantenerte cuerda lo suficiente para sobrevivir.

—¿Y Elena? ¿Y Sofía?

—Son proyecciones de tu mente. Pero proyecciones tan intensas que el sistema les ha dado forma holográfica. Son reales dentro de tu realidad. Pero no existen fuera de ella.

Clara se desplomó en la silla.

—¿Cuándo viene la evacuación?

—Mañana.

—¿Y entonces qué pasará?

—Tendrás que decidir si quieres regresar al mundo real, o si prefieres quedarte aquí para siempre, en el mundo donde ellas siguen vivas.

Clara sintió que otra terrible decisión se le planteaba de nuevo.

La Clara del accidente puso una mano en su hombro:

—Pero tienes que saber algo más. Si eliges quedarte, morirás aquí. Tu cuerpo no puede sostener esta realidad mucho más tiempo. Y si mueres aquí, ellas desaparecerán contigo.

—¿Y si me voy?

—Aprenderás a vivir con su ausencia. Será horrible al principio. Tal vez siempre. Pero será real.

Clara cerró los ojos.

—¿Qué harían ellas? ¿Qué me dirían que hiciera?

—Ya sabes qué te dirían.

Sí. Lo sabía.

Elena y Sofía le dirían que viviera. Que recordara. Que fuera feliz. Que no se muriera con ellas.

Porque eso es lo que las madres enseñan a sus hijas: a vivir.

Y eso es lo que las hijas les devuelven a sus madres: el permiso para seguir viviendo, incluso cuando ellas ya no están.

Clara pasó la última noche en el refugio con sus dos hijas.

No como alucinaciones.

No como proyecciones.

Sino como lo que realmente eran: la forma que su amor había tomado para no desaparecer.

Cenaron juntas. Jugaron. Leyeron cuentos. Clara les cantó canciones de cuna.

Y cuando llegó el momento de acostarlas, Elena le dijo:

—Mamá, ¿puedes contarnos la historia de cuando éramos bebés?

Clara apenas pudo contener las lágrimas en sus agotados ojos. Les contó sobre el embarazo. Sobre cómo había descubierto que eran gemelas. Sobre la alegría imposible de saber que tendría dos hijas idénticas. Sobre los nombres que había elegido. Sobre los sueños que había tenido para sus vidas.

Sofía preguntó:

—¿Y ahora qué historia vas a contar?

—No sé.

—Cuenta la historia de la mamá que aprendió a amar lo que ya no está.

Elena agregó:

—Y cuenta que sus hijas la querían tanto que encontraron la manera de despedirse bien.

Clara las abrazó a las dos, una última vez. Sus lágrimas mojaron los cabellos de las niñas.

Las sintió sólidas, cálidas, reales.

Las sintió como lo que habían sido: sus hijas.

Las sintió como lo que eran ahora: su manera de amar lo imposible.

—¿Están listas para irse? —les preguntó.

—Sí —dijeron al unísono—. Pero tú no nos olvides nunca.

—Nunca, dijo con la voz entrecortada y los ojos con un brillo húmedo.

—Y no te olvides de ti tampoco.

Clara las arropó. Les dio un beso en la frente a cada una.

Y cuando se despertó a la mañana siguiente, la nave de evacuación ya estaba aterrizando.

Las camas estaban vacías.

Pero no sentía el vacío como una pérdida.

Lo sentía como una transformación.

Elena y Sofía no se habían ido.

Habían regresado al lugar donde siempre habían estado, en su corazón.

Pero ahora Clara podía cargarlas allí sin morir.

Podía amarlas sin negar que estaban muertas.

Podía ser su madre para siempre, de la única manera que ya era posible, siendo una mujer que había tenido dos

hijas extraordinarias, que las había amado perfectamente, y que las recordaría hasta el último día de su propia vida.

Cuando los médicos de la evacuación le preguntaron qué había pasado durante esos cuarenta y siete días en el refugio, Clara respondió con absoluta honestidad:

—Aprendí a despedirme.

Y por primera vez desde el accidente, cuando dijo "mis hijas", no sintió que se rompía.

Sintió que se completaba.

Porque entendió que el amor de ser madre no termina cuando los hijos mueren.

Se transforma.

Se vuelve más doloroso, pero también más puro.

Se convierte en la capacidad de amar para siempre algo que ya no se puede tocar.

Y eso, de alguna manera imposible y hermosa, era suficiente.

FIN

Epílogo

Clara no volvió a hablar del accidente. Tampoco del viaje.

Los informes de la misión fueron archivados con la firma correcta, los parámetros vitales dentro del margen, y un único comentario en la sección de observaciones:

“Las niñas se adaptan bien al entorno. El refugio responde a nuestras necesidades.”

Lo escribió en plural. Como si hubiera dos.

Nadie en la estación orbital cuestionó el detalle. Nadie pidió grabaciones. Nadie activó protocolos. Vesta-14 era considerado inestable, pero no peligroso. Al menos no para los que llegaban sin recuerdos.

A veces, en las noches prolongadas del hemisferio sur, las cámaras térmicas registran movimientos dobles en los

pasillos del refugio. Huellas paralelas. Voces que se interrumpen al ser oídas. Registros duplicados con una diferencia exacta de siete segundos.

Los técnicos lo atribuyen a ecos electromagnéticos. Al desajuste natural de un planeta joven.

Pero hay una nota sin clasificar en el sistema auxiliar, nunca enviada, guardada en un archivo sin remitente. Solo contiene una frase, escrita a mano por alguien que parecía entender demasiado:

“Una madre no recuerda a una sola hija. Solo recuerda el amor que faltaba.”

No tiene firma.

Solo una fecha.

Y una palabra en el margen inferior, escrita con pulso infantil:

“Gracias.”

Primero fue el ruido por la noche: pasos descalzos sobre metal. Luego, los objetos movidos. La cama revuelta. Las uñas diminutas en el cristal. Después, la sangre.

Clara llegó con su hija a una base de aislamiento en un planeta deshabitado. Un refugio seguro, según el protocolo. Pero pronto, algo comenzó a moverse entre las paredes: algo que imita la voz de la niña, que arrastra su cuerpo por los pasillos cuando nadie mira, que ocupa el espacio con un amor deformado.

Hay una criatura en la casa. Y su forma no es del todo humana. Pero duele como si lo fuera.

La hija construida es una novela corta de terror visceral y emocional, donde el duelo se encarna, la culpa se vuelve carne, y el amor materno adopta formas que nunca debieron ser posibles.

Una historia inquietante, íntima, de horror lento y creciente.

Porque a veces, cuando no aceptamos la, el cuerpo que falta... regresa.